

L A L B O R

SEMANARIO

DE LAS FAMILIAS.



LITERATURA, ARTES, EDUCACION, TEATROS Y MODAS.

AÑO I.

Lima, Sábado 20 de Febrero de 1873.

Núm. 19.

SUMARIO.

Escuela Romántica francesa, por S. Lorente y Benel.—Mi Lira, poesia, por la señora Manuela Villarán de Plasencia.—El Deseo de Figurar, petipieza, por la señora Juana Manuela Lazo de Eléspuru.—A Constantino Carrasco, poesia, por la señorita Adriana Buendía.—Una visita á tiempo, por la señorita Mercedes Eléspuru y Lazo.—A la jóven é inspirada violinista señora Josefina Filomeno de Salcedo, poesia por Numa P. Llona.—Puesto en el burro... aguantar los azotes, por Ricardo Palma. A la jóven é inspirada poetisa señorita Adriana Buendía, poesia, por Nicolas A. Gonzalez.—Los Amores de Crispulo Mor-Diente, por Juan de Arona.—Agua mansa, traduccion, por la señorita Angela Carbonel.—Mosaico, por la señora Manuela Villarán de Plasencia.—Charada.

LA ESCUELA ROMANTICA FRANCESA.

(Continuacion.)

No distinguiéndose, como ya se ha manifestado, el Romanticismo, por un carácter especial, el describirlo en sus diferentes formas y variadas fases bajo la Restauracion y hasta la monarquia de Julio, seria un trabajo que cansaria la atencion del benévolo lector. En la extremada efervescencia de los espíritus, en la fecunda confusion de las ideas de aquella época, las divergencias de opiniones son innumerables, aun en aquellos hombres que parecen combatir por la misma causa. El Romanticismo, es ante todo una reaccion contra las doctrinas demasiado exclusivistas de la denominada escuela clásica. De allí su primer carácter, ó sea una protesta contra las reglas del arte.

No le pidais que se someta á las leyes de un género: no reconoce delineacion formal de género; todo se encuentra en todo. El primer libro de Victor Hugo, el mas illustre poeta de la escuela romántica, llevaba el título de Odas y Baladas, y como se advirtiese al autor que sus odas no lo eran, ni sus baladas tampoco: suscribo de antemano, contestó éste, á cualquier título que se le dé; y cuando se le acusaba de haber olvidado las conveniencias del género, añadia que lo que es realmente hermoso, lo es en todas partes. Así la única regla del arte, segun la doctrina de Victor Hugo, es hacer bien, aunque en el mayor desórden se pase de la tragedia á la comedia, de lo sublime á lo grotesco, sin ninguna transicion. No tiene repugnancia, antes muestra una predileccion marcada, por los tipos de deformidad física ó moral, que abundan en Nuestra Señora de Paris, en los Miserables y en otras célebres producciones. Lo feo y lo grotesco tienen derecho de existir en la poesia como en la naturaleza, los contrastes son los grandes medios de que se vale el arte, y las discordancias vienen á formar los elementos de la armonía. En cuanto á la crítica, el Romanticismo la desprecia y le niega el derecho de apreciar sus producciones; remontándose en alas del género, ensímismado en su grandeza, considera á los simples mortales sin derecho para ejercer influencia alguna sobre su vuelo sublime. Otro de los variados caracteres del Romanticismo francés, es ese vago de las pasiones, enfermedad del siglo, que habia ya principiado con Rousseau y que Chateaubriand habia pintado con pincel maestro en René, es esa investigacion de un ideal que

llene las aspiraciones indefinidas del alma, y ese remontarse á las alturas celestiales, ya que en esta tierra no es posible hallar nada que le satisfaga.

Aunque no quepa en los reducidos límites de este trabajo, la enumeracion y, mucho menos, la crítica de las producciones románticas, preciso es indicar como revelacion de ese carácter las de Lamartine, Victor Hugo y Alfredo de Musset, los mas illustres representantes del romanticismo y los que mas brillo le dieron. ¿Qué seria de la gloria de esa escuela sin el nombre de M. de Lamartine, sin sus Meditaciones y Armonias, cuyos versos sentidos y espiritualistas inauguraba la idea del alma y de Dios renovados en la poesia, y se atraian los corazones tanto por su voluptuosa melancolía como por los arranques de una inspiracion sublime. En Jocelyn, encontramos una de las mas preciosas producciones de esa poesia vuelta á sus fuentes naturales. Las Odas y Baladas, las Orientales, las Hojas de Otoño de V. Hugo, forman el fondo mismo de esa escuela que tenia la vida sobreabundante y los defectos generosos de la juventud. Mas fuerza que delicadeza, mas brillo que correccion y medida, mas colorido que pensamiento, el goce de la plenitud de la vida, el goce de su propio talento y de la naturaleza, todos los caprichos de los veinte años, son los caracteres de esa musa caprichosa, variada y á menudo sublime. Alfredo de Musset, el autor de Rolla y de las Noches, tiene menos elevacion que Lamartine y menos brillo que Victor Hugo; pero el movimiento lírico y el desórden de la pasion le dan un carácter

especial y comunican á sus poesías un sabor original y agradable. Largo sería seguir recorriendo á todos los representantes de esa fecundísima escuela que si es verdad degeneró en grandes excesos y padeció notables extravíos, prestó importantes servicios al espíritu humano y al francés, en particular; proclamó la libertad del génio y la conquistó; implantó innovaciones en la lengua hasta entónces demasiado tímida; dotó á los franceses con una poesía lírica de la cual no habian tenido nunca idea: audaz, profunda y sublime; hizo del teatro que es la menos buena de sus creaciones, un vasto campo á donde luchan las pasiones de la vida. En fin, y lo que es mas grande todavía, el Romanticismo ha comunicado un vigoroso impulso á todas las artes que bajo su soplo se han rejuvenecido, á la crítica cuyos horizontes ha ensanchado; á la historia que animó con su inteligente benevolencia por la edad media, á la religion misma en la que hizo circular la savia de la poesía. Se puede por consiguiente asegurar que el Romanticismo ha sido el despertar de la literatura y de las artes en el siglo XIX.

Sin embargo, por grande que sea la indulgencia de la crítica, si no hemos de renunciar así á las prescripciones del sentir comun, como á las teorías fundamentales de la estética, debemos señalar vicios radicales en la escuela romántica, que explican las profundas caídas de sus mas eminentes representantes, las aberraciones de sus medianías y su degeneración creciente dia por dia. El Romanticismo, en su odio exagerado á la poética de Boileau, no solo rompía trabas de pura convencion, sino que osaba quebrantar las eternas leyes del buen gusto: sobreponiéndose á toda tradicion literaria, reemplazando las luces del arte con los azares de la inspiracion, y anteponiendo sus caprichosas concepciones á los modelos que forman las delicias del género humano, introdujo en el imperio de las letras una anarquía no menos peligrosa, que la proclamada por ciertos comunistas en el orden social; desaparecieron los límites naturales, que preservan al génio de grandes extravíos; dejó de respetar la belleza de las formas, que protege la perfeccion del fondo; á la claridad del orden sucedieron las tinieblas del caos, y á la sencillez interesante, complicaciones que perturban: nada se salvó de esa desordenada erupcion, ni las costumbres, ni los fueros de la verdad, ni los principios literarios, ni las reglas de la gramática; arrastrados por esa pendiente fatal, los espíritus superiores se precipitaron de las alturas ideales del cristianismo á las miserias del presidio, á las contorsiones de los saltimbanquis, al tenebroso abismo de las doctrinas ateas y al infierno del sensualismo desenfrenado. La caída era inevitable, porque, cuando se intenta volar por sublimes regiones sin apoyo y sin guía, la osadía de Icaro no puede reemplazar á la luminosa energía de la razon.

S. LORENTE Y BENEL.

(Continuará.)

A MI LIRA.

Instrumento querido, te saludo
Por que calmas mis horas de tormento.
Por que contigo mi pesar ahuyento
Ya cante en triste ó en festivo son.
¿Qué seria de mí si no escuchara
De tus vibrantes cuerdas la armonía?
¿Ay qué fuera de mí sin la alegría
Que tú despiertas en mi corazón!

¡Oh fantasia! ¡emanacion sublime!
Trasládame al eden dó los poetas
Entre amarantos, lirios y violetas
Con delicia sus horas ven correr.
Bálsamo grato el pecho dolorido
Como una unción divina te reclama.
Tu celestial perfume en él derrama
Que es tu misión la pena adormecer.

Májico bien que embargas los sentidos.
Bella alucinación que tanto anhelo,
Tu misteriosa influencia don del cielo
Mi espíritu trasporta mas allá.
Cual águila impetuosa que remonta
Y de selvas, y prados y llanuras,
De corrientes, y montes, y espesuras
El bello panorama á mirar vá:

Asi llévame, musa, á esas rejiones
Cuyo placer y encanto mi alma aspira.
Adonde goza mas, quien mas delira
En alas de sublime idealidad.
Quiero cruzar del eter los espacios
Y respirar en él su puro ambiente,
Quiero mas expansion para mi mente,
Quiero mas lucidez, mas claridad.

Porque vuelvo la vista y me contemplo
Consumida á rigor de una dolencia,
Que aniquila mi débil existencia
Y me hace de terror estremecer.
Todo lo halló monótono y sombrío:
Mi vida pasa como sueño horrible.
Y como ser feliz, es imposible
Ven, Lira, á consolar á esta mujer.

MANUELA VILLARAN DE PLASENCIA.

EL DESEO DE FIGURAR.

[Conclusion.]

ESCENA SESTA.

(Entra la dueña de la casa doña Sinforosa.)

Doña Sinforosa—Deo gracias.

Chomba—Adelante, doña Sinforosa, ¿cómo está usted?

Sinforosa—Muy bien, mi vida. Pues, señor don Antonio, en este instante me he encontrado con el dueño de la fonda de Cópola, que me ha dicho se han juntado varios acreedores de usted para embargarle sus muebles y demas cosas; y vengo á ver si deja la casa, porque usted no tendrá con que pagar casa de 100 \$, puede usted dejármela en el dia porque tengo así, así, [hace con los dedos] por la casa, que me ofrecen el doble.

Antonio—No me quedaré, señora, con su casa, estaré aquí hasta que los acreedores se lleven todo lo que hay en ella.

(Entra el capitán del puerto del Callao, trayendo á las niñas, que al verlas, los padres las abrazan.—Mamá! papá!—Hijas del corazón! dirán entre ellas.)

Capitan—Señor don Antonio, por un milagro tiene usted á sus hijas, porque á esta hora, ya habrian estado á algunas millas del Callao.

Antonio—¿Cómo así, señor, cuénteme usted!

Capitan—Habiendo entrado á hacer la visita del buque en momentos de dar á la vela, cuando ya me retiraba para tierra, oí unos comprimidos sollozos que salian de la bodega; y llevado de un secreto presentimiento, quise saber la causa de ellos. Pregunté al capitán, y éste me dijo, era un marinero enfermo; pero al mismo tiempo percibí claramente voces de mujer. Entónces, conociendo que habia algun misterio en esto, me dirigí á la bodega á pesar de la oposicion del capitán, entré en ella, y encontré á las señoritas metidas tras unos sacos de harina, y un marinero que armado de puñal, las amenazaba para que no gritaran.

Andrómaca—Así es, papá. Conociendola voz del señor capitán de puerto á tiempo que se despedía, hice un esfuerzo á fin de que éste me oyera y nos salvara, lo que felizmente sucedió.

Antonio—Señor capitán, ya que no diré mi mala estrella, pero sí el funesto deseo de estar á la moda, me ha puesto en la imposibilidad de poder recompensar á usted como yo quisiera por este servicio tan importante que me ha prestado, sepa usted que de aquí en adelante será Antonio Salsipuedes, su mas rendido esclavo.

Chomba—Y yo tambien, señor capitán, porque me ha vuelto usted la vida, trayéndome á mis hijas.

Antonio—¿Y te quedarán mas ganas, Chomba, de confiarte desde la primera visita, á hombres á quienes no conoces?

Chomba—Ni lo permita Dios, no mas estilo urupeo, de esta hecha las voy á poner en un convento.

Antonio—Mas vale tarde que nunca. (Vuelve Rita abanicándose con el pañuelo.)

Rita—Güena laya de carrera la que he dado, si no puedo respirar. Ah! pero ya estaban aquí las muchachitas; si no digo yo, que este es el santo mas milagroso; mis queridas (abrazalas) yo creí que los gringos se las llevaban y no las volveriamos á ver mas, pobrecita mi ahijada Andrea, ¿qué hubiera sido de tí? Así, no Antonio, confórmese usted con la pérdida de la plata, porque ha de albertir usted que con la vida todo se alcanza.

Antonio—Ay! tia, ya estoy viejo para empezar á trabajar.

Rita—No tenga usted cuidado, que Dios nunca falta á los que son de güen corazón como usted, lo que es yo, lo ayudaré para que nunca le falte un sancocho, pues con mi lavado me gano muy güenos reales.

Chomba y Antonio—Gracias, tia, siempre tan buena con nosotros.

Rita—No hagan juicio de eso; pero antes de dirme, déjenme decirles á los que están presentes un versécito, que se me ha venido á las mientes:

Si alguno salir quiere de improviso
De la humilde condicion en que ha nacido,
Que tenga muy presente le es preciso
El percance que á Chomba ha sucedido.

JUANA M. LAZO DE ELÉSPURU.

A CONSTANTINO CARRASCO.

EN RESPUESTA DE SUS LINDISIMOS VERSOS.

¿Podría acaso de pintadas flores
Cubrirse el prado, si no hubiera luz.
Ni teñirse de espléndidos celajes
Por la mañana el firmamento azul?...
Pues tampoco pudiera una armonía
Arrancar inspirada á mi laud.
Si no aprendiera en los sublimes cantos
De los vates ilustres como tú.

En cada una de las dulces notas
De tu lira cantora del amor.
Hay un mundo de mágica dulzura.
Hay un cielo de grande inspiración.
¿Y aun podría escuchar esas canciones
Sin dar aliento a mi apagada voz,
Ni sentirme á la vida renaciendo,
Como las flores a la luz del sol?

Yo anhelaba cantar como en el bosque
El dulce ruiseñor que sabe amar.
Gemir como la tórtola doliente
Perdida en misteriosa soledad;
Y en tus himnos de amor y de ventura
Que al alma vida y esperanza dan,
Aprendí, Constantino, las palabras
De ese idioma llamado celestial.

Por eso canto, y mis acordes llegan.
Tal vez, al trono del excelso Dios,
Como reflejos de la luz que nace
De la aurea frente que nos muestra el sol;
Mas los laureles que la fama quiere
Ofrecerme, cual dices, con amor,
De aquellos cuyo ejemplo yo he seguido
La recompensa merecida son.

ADRIANA BUENDIA

Lima, Febrero 6 de 1875.

UNA VISITA A TIEMPO.

I.

TENGO una amigueta tan buena, tan graciosa y al mismo tiempo tan bella, que para retratarla, sería mi humilde pluma un pincel muy tosco.

Imajínese, pues, el lector, lo que será en estos tiempos un corazón de ángel, donde con todas veras se anida la amistad, un espíritu asaz inteligente animando á una joven que, por donde quiera que vá, cautiva y encanta.

Amelia, que así se llama mi amiga, es, pues, repito, buena y graciosa, y al mismo tiempo bonita, todo con el *muy* sin exageración alguna.

II.

No ha muchos días en que la aurora de cierta mañana me encontró con el ánimo displicente, con cierta dosis de melancolía y, en fin, con verdadero hastío según creo.

Ni los libros, ni los periódicos, ni el piano, nada, en una palabra llamaba mi atención esa mañana.

Por último, no pensaba ni en el almuerzo.

Yo misma no me daba cuenta de mi mal estar, ni comprendía lo que pasaba en mi espíritu. Un almanaque, felizmente me esplicó mi situación.

Era día de movimiento de luna.

Y yo soy nerviosa, desgraciadamente, por que no soy nerviosa de mentiras.

Dicen, pues, que la luna cuando se mueve influye en los nervios poderosamente, y yo que lo creo con firmeza, supe ya la causa de mi mal estar.

Ay! Señor. ¡Dios mio! decía á veces, cómo no hay quien estraiga los nervios, así como los dientes. Como no los pueden hacer pozizos como estos!

Por que es una desgracia, una fatalidad el ser verdaderamente nerviosa, pues bajo la influencia de los nervios se exagera los pesares, y se vé en fin el mundo por el prisma ó del fastidio ó del dolor.

Y sin embargo he oido decir que no falta quien aparente el sufrir de los nervios.

Vaya un gusto: ya se vé todo se falsifica.

Y he oido decir tambien que esas personas que aparentan sufrir de los nervios saben tener sus accidentes con mucha oportunidad, y suelen desmayarse cuando... la luna está muy lejos de influir con su movimiento.

III.

Encontrábame, pues, y sin embargo de haber conocido la causa de mi mal estar con displicencia y hastío.

Pero, por fortuna, me anunciaron la visita de Amelia, y ella fué un *arco iris* en la tempestad de mi alma.

Con su presencia, y con su conversacion, que procuraré repetir al lector, supo ofrecerme momentos de placer.

IV.

—Amelia, á que buen tiempo has venido necesitaba de tí como de un médico.

—Sí, por cierto, que estarás enferma si nunca sales, ni haces ejercicio. Y en cuanto á tus amigas, si ellas no vienen á buscarte, difícilmente las ves.

—Qué quieres, no sabes que hay circunstancias, que hay sufrimientos que agotan las fuerzas y enferman el corazón? En esas circunstancias, pues, que tú no las ignoras, son mis amigas las que deben buscarme. Pero dejemos esto á un lado que hoy mas que nunca necesito de distracción.

Dime, pues, como te ha ido en todo el tiempo que no te he visto y como has pasado tantos días de fiesta.

—Sin embargo, pues, de tantos días de fiesta como han pasado, no me he divertido como tal vez te imaginas; pero algo he bailado, y como no te veo desde Diciembre del 74 voy á referirte como pasé la noche buena.

V.

Al medio día recibí una cartita de las Z. invitandome para acompañarlas á dar una vuelta por la plaza, y para bailar y cenar despues. Porsupuesto que siendo tan placentera la invitación, empecé desde muy temprano á preparar mi vestido.

Mi abuelita á quien llamo siempre lo mismo á pesar de que la moda está haciendo decir "mamá grande" ó "gran mamá," desde que vió mis preparativos y mientras estuve en el tocador, me decía con todo el

énfasis de las señoras antiguas, cuyos tiempos según ellas son incomparables:—"Para qué tantos afanes niña; crees que la noche buena de ahora merece que te fatigues? En mistiempos era distinto; entónces si que habia verdadera noche buena." "Toda la aristocracia concurría á la plaza, y allí empezaba la noche buena con los riquísimos helados con barquillos de ña Aguedita que Dios tenga en su santa gloria." "Y luego en la cena ¡qué pavos! qué gallinas! qué tamales de Juan José, ¡Quién cocina en el día como él! Vaya! en esos tiempos si que valía la pena, y era preciso, alistarse desde por la mañana; pero hoy qué temeridad! Para dar vuelta como mariposas al rededor de la pila, y regresar á la casa con fatiga de estómago, vale mucho mas el no salir, por que es hasta pecado sin perdon."

—No crea Usted abuelita—le replicaba yo; tambien en estos tiempos se cena muy bien y abundan los buenos tamales con carne de puerco.

—"Puerco"—repitió mi abuelita, y volvió á repetir—"puerco," puerco sí sin duda que en este tiempo los hay mas que el mio."

Signió hablando así mi abuelita y estrañando sus buenos tiempos, y yo continué en el arreglo de mi vestido.

Llegó por fin la noche que tanto habia deseado y fuí con mamá á casa de las amigas.

El salon estaba lleno de encantadoras niñas, y de gallardos y elegantes jóvenes.

La mayor parte de ellos eran de distintos países y nacionalidades; formaban una verdadera miscelánea, y hubieran plajado á la torre de Babel si cada uno hubiese hablado en su respectivo idioma.

Poco tiempo despues de estar yo en el salon nos dirijimos á la plaza, me llevó del brazo un joven que parecia muy romántico, porque durante el paseo, no hablaba sino de amor, de poesía, de ilusiones, de firmamento, de paraísos, y con alguna frecuencia y por cualquier circunstancia hablaba tambien de su país, manifestando lo bello, rico, grande, inmenso, incomparable como si yo no hubiera tenido nunca noticia de él; pero le doy la razon, porque como decimos por acá, vulgarmente: *cada pulpero alaba su queso*.

Toda vez que pasabamos cerca de las mesitas donde se exhiben los pavos, las gallinas y todas las viandas de noche buena, mi compañero volvía la cara en dirección opuesta, pues le parecia muy prosaico el contemplar tales mesitas, y me decía, haciendo gestos, que á él solo le gustaba pasear al rededor de la pila y aspirar el suave perfume de las flores. Yo, te aseguro, estaba encantada con su lenguaje. Volvímos á la casa, y estuvimos gozando de las delicias del baile hasta la hora de la cena.

Mi compañero de paseo que se habia declarado mi galán por esa noche, y que al bailar me lisonjeaba diciéndome que le parecia una sílfide me ofreció el brazo para ir á cenar. Creí porsupuesto no encontrar una pareja mejor; pues él tan ideal, tan romántico no se habia de rebajar al materialismo de cenar; por consiguiente, yo iba á ser el objeto de todas sus atenciones, que bien las necesitaba, pues mi abuelita me habia hecho ayunar para el Niño y con

el baile sobre todo ya me sentia sin fuerzas.

Nos sentamos á la mesa, y mi compañero junto con algunos otros jóvenes se dirijieron al aparador donde estaban los jamones, los pavos, las gallinas & c. Creí desde luego que era para servirme; pero estuve esperando inútilmente.

Ya la fatiga me tenia nublada la vista y eran tales los vértigos que sentía que temia un desmayo sobre todo cuando veía á las niñas que estaban á mi lado que se desempeñaban muy bien, porque estaban perfectamente atendidas. Volví la cabeza y con una mirada de ternura iba á implorar un recuerdo para mí; pero se me presentó un espectáculo que no pude menos que obligarme á reir.

Al rededor de una mesita que estaba casi cubierta con un gran jamon hallábanse cuatro ó cinco jóvenes dándole una carga tal, que ni los prusianos seguramente lo hicieron con mas ardor, en sus combates. Cerca de ellos, mi galan blandia una penna de pavo, con la misma agilidad y destreza con que pudiera manejar su sable un oficial de caballeria.

Figúrate, pues, cual seria mi desencanto y mi sorpresa sin duda que mi compañero se imaginó que quedaria satisfecha con el recuerdo de su conversacion con el amor, la poesía, las ilusiones, las flores, las estrellas y la luna; y mientras él me dejaba á la de Paita, se manifestaba dignísimo partidario de Eliogábalo, cuando á mi concepto debía serlo siquiera de Carreño.

Reniego, pues, hija de los románticos, y ojalá que no me vuelva á tocar la mala suerte de ser la pareja de ninguno de ellos.

Felizmente, y merced al dueño de la casa y á uno que otro joven, pude combatir mi estremada debilidad, y realizar en gran parte los deseos y las ilusiones que habia tenido al medio dia cuando conversaba con mi abuelita, á quien porsupuesto nunca referiré lo que me pasó esa noche.

Despues de la cena continuamos el baile y ya en el salon, volvieron los jóvenes á ser atentos y galantes, incluso mi compañero, á quien no podia ver sin imaginarme lo con una hermosísima pierna de pavo en la mano.

Seguimos, pues, bailando hasta que vimos la luz del día.

VI.

Yo por mi parte escuchaba la conversacion de Amelia casi sin interrumpirla sino de vez en cuando con la que ella misma me provocaba. Me halló despues del año nuevo, no con mucho regocijo, porque me dije tenia la preocupacion de que el 75 no seria muy feliz, desde que habia empezado con un dia horrible, en que el cielo habia aparecido oscuro, triste, completamente nublado. Me habló tambien de sus paseos y del teatro y de su proximo viaje á Chorillos.

En fin, solo Amelia, pudo vencer el mal estar que me habian producido los nervios y aun supo hacerme olvidar por algunos momentos las circunstancias que tambien influian con tristeza en mi corazon.

Aun pensé en almorzar, y almorcé efectivamente con mi graciosa Amelia.

VII.

De manera que el mejor de los remedios para curar los nervios está en una buena amiga y en una visita á tiempo.

MERCEDES ELÉSPURU Y LAZO.

A LA JOVENÉ INSPIRADA VIOLINISTA.

DOÑA JOSEFINA FILOMENO DE SALCEDO.

En el desierto donde el alma vaga,
Tu arco sublime, de la dura peña
Hace brotar la clara y halagüeña
Fuente que su infinita sed apaga;

Como la vara de divina maga
Él la region del Idéal risueña
De pronto le abre, con que ansiosa sueña
Y que en la tierra su dolor halaga:

Miéntras por solo incógnito paraje
Lento prosigue con cansancio y pena
El peregrino su terrestre viaje;

Con voz de dulces esperanzas llena,
Junto á su senda, oculta entre el follaje,
Tú cantas, melodiosa *Filomena*.

NUMA P. LLONA.

Lima, Noviembre de 1874.

PUESTO EN EL BURRO... AGUANTAR
LOS AZOTES!

(Origen tradicional de este refran.)

EL P. Calancha y otros cronistas dan como acaecido en Potosí, por los años de 1550, un suceso idéntico al que voy á referir; pero entre los cuzqueños hay la tradicion popular de que la ciudad del Sol sirvió de teatro al acontecimiento. Sea de ello lo que fuere, es *peccata minuta* lo del lugar de la accion; y bástame que el hecho sea auténtico para que me lance sin escrúpulo á llenar con él algunas cuartillas de papel.

I.

Fué Mancio Serra Lejesema un guapo soldado español, con todos los vicios y virtudes de su época; pero con un admirable fondo de rectitud.

Cuando Pizarro se dirigió á Cajamarca, para apoderarse traidoramente de la persona de Atahualpa, quedó Lejesema en Piura entre los pocos hombres de la guarnicion. Por eso no figura su nombre en la reparticion que, el 17 de Junio de 1533, se hizo del rescate del Inca.

Al apoderarse los españoles del Cuzco y saquear el templo sagrado, cúpole á Lejesema ser dueño del famoso sol de oro; pero tal era el desenfreno de esa soldadesca, que aquella misma noche jugó y perdió á un golpe de dados la valiosísima halaja. Desde entonces, quedó como refran esta frase: que se aplica á los incorregibles:—*Es capaz de jugar el sol por salir*.

Lejesema evitó comprometerse en las contiendas civiles, y á esta conducta mañosa y prescindente debió ser acaso el único de los

conquistadores que no tuvo fin trágico. Como él mismo lo dice en su testamento, fechado en el Cuzco el 13 de Setiembre de 1589, con él moria el último de los compañeros de Pizarro. En ese curioso documento, que corre en la *Crónica Agustina* y del que Prescott publica un trozo, Lejesema enaltece el gobierno patriarcal de los Incas y las virtudes del pueblo peruano, dejando muy mal parada la moralidad de los conquistadores.

Lejesema murió devotamente y de pocas mas de ochenta años de edad.

Mancio Serra Lejesema, segun aparece del primer libro del Cabildo ó Ayuntamiento del Cuzco, fué uno de los cuarenta vecinos que, en 4 de Agosto de 1534, hicieron á la corona un donativo de treinta mil pesos en oro y trescientos mil marcos de plata. Consignamos esta circunstancia para que el lector se forme idea de la riqueza y posicion á que habia alcanzado en breve el hombre que un año antes jugaba el sol por salir.

En la distribucion de terrenos ó solares, consta así mismo de una acta que existe en el citado libro del Cabildo, que á Lejesema le asignaron uno de los mejores lotes.

Personaje de tanto fuste y agraciado por el monarca con el uso nobiliario del *Don*, obtuvo en matrimonio nada menos que á una *ñusta* ó princesa de la familia del Inca Huascar; y de este entroncamiento nació un hijo, cristianado con el nombre de Gabriel, al cual mancebo estaba reservado, ser como su padre el creador de otro refran.

II.

Habia en el Cuzco, por los años de 1591, una gentil muchacha llamada Mencia, por cuyos pedazos bebían los vientos no solo los mancebos lijeros de cascacos sino hasta los hombres de seso y suposicion. Natural era que el joven Don Gabriel Lejesema fuera una de las moscas que revoloteaban tras de la miel, y tuvo la buena ó mala estrella de que para con él Mencigüela no fuese de piedra de cantería.

Pero era el caso que Don Cosme Garcia de Santolalla, caballero de Calatrava y á la sazón teniente gobernador del Cuzco, era el amante titular de la muchacha, gastándose con ella el oro y el moro para satisfacer sus caprichos y fantasias. No faltó oficioso que tomara á empeño quitar á Don Cosme la venda que le impedia ver, y no fué poca la rabia que le acometió al convencerse de que tenia adjunto ó coadjutor en sus escandalosos amores.

Paseaba una tarde el señor de Santolalla, seguido de alguaciles, por la plaza del Cuzco cuando Don Gabriel, al doblar una esquina, se dió con su señoria sin haber manera de esquivar el importuno encuentro. Sonrióse burlonamente el joven, y haciéndose el distraido pasó calle adelante sin siquiera llevar la mano al ala del chambergo. A Don Cosme se le subió la mostaza á las narices y gritó:

—Párese ahí el insolente y dése preso.

Y á la vez los corchetes, gente brava cuando no hay peligro que correr, se echaron sobre el indefenso joven diciéndole:

—Dáte, chirrichote! Dáte!

Don Gabriel alborotó y protestó hasta la pared del frente; pero sabida cosa es que, antaño como ogaño, protestar es perder tiempo y gastar saliva; y que el que tiene en sus manos un cacho de poder, hará mangas y capirotos de los que no nacimos para ser gobierno sino para ser gobernados.

No hubo santo que le valiese y el mancebo fué á la carcel.

¿Les parece á ustedes que su delito era poca garambaina?

Como! Así no mas se pasa un mozalvete por la calle muy cuelli-erguido y sin quitarse el sombrero ante la autoridad? ¡Qué! ¿No hay clases, ni privilegios, ni fueros y todos somos unos?—Tal era el raciocinio que para su capa hacia el de Santolalla.

Aquel desacato clamaba por un ejemplar castigo. Dejarlo impune habria sido democratizarse antes de tiempo.

Los poderosos de esa epoca eran muy espeditivos para sus fallos. A la mañana siguiente, sabíase en todo el Cuzco que al medio dia iba á salir Don Gabriel, caballero en un burro y con las espaldas desnudas, para recibir por mano del verdugo una docena de azotes, en el mismo sitio de la plaza donde la víspera habia tenido la desdicha de tropezar con su rival y la desvergüenza de no saludarlo.

Los amigos del difunto Mancio Serra Lejesema se interesaron por el hijo, y llegó la hora fatal y nada alcanzaban los empeños; porque Don Cosme seguia erre que erre en llevar adelante el feroz y cobarde castigo.

Don Gabriel estaba ya en la calle montado en un burro semitísico y acompañado de verdugo, pregonero y ministriles, cuando llegó un escribano con orden superior aplazando la azotaina para el siguiente dia. Era cuanto los amigos habian podido obtener del irritado gobernador.

El jóven Lejesema, al informarse de lo que pasaba, dijo con calma:

—Ya me han sacado á la vergüenza y lo que falta no merece la pena de volver á empezar. El mal trago pasarlo pronto. Puesto en el burro aguantar los azotes! ¡Arre, pollino!

Y espoleando al animal con los talones, llegó al sitio donde el verdugo debia dar cumplimiento á la sentencia.

III.

Tal es el origen del refran.

Tres meses despues, pasando al medio dia Don Cosme Garcia de Santolalla por el sitio donde fué azotado Don Gabriel este, que se hallaba en acecho tras de una puerta, lo acometió de improviso dándole muerte á puñaladas.

Los vecinos del Cuzco auxiliaron al jóven para que fugase á Lima, donde encontró en la ilustre Doña Teresa de Castro, esposa del Virey Don Garcia, la mas decidida proteccion. Merced á ella y á sus influencias en la Corte, vino una real cédula de Felipe II, dando á Don Gabriel por bueno y honrado y declarando, ainda mais, que en derecho estuvo, como hidalgo y bien nacido, al dar muerte á su ofensor.

RICARDO PALMA,

Lima, Febrero de 1875.

A LA JOVEN É INSPIRADA POETISA

Señorita Adriana Buendia.

Eres, bellísima Adriana
La mas bella poetisa,
Que con su acento engalana,
La rica playa peruana,
Que tu canto diviniza,

Si ha dado al orbe un poeta
Cual Olmedo, el mundo nuestro,
Hoy la América Coqueta,
Invencible, fuerte atleta,
Envanece con tu estro.—

Musa canora del Cielo
De este mundo peruviano,
Eres del bardo consuelo
En su aficcion y desvelo,
Ruiseñor americano.—

Yo que triste peregrino
En el Perú, pasajero,
Oí tu acento divino,
Me detuve en mi camino,
Absorto: luz del viajero.

Mas que importa, bella Adriana
A tu pecho entusiasmado,
La flor humilde y galana
Que á tu frente soberana,
Le ofrece hoy un desterrado?

Oh! si en alas de la brisa
Llega á tus plantas mi canto
Dedícale una sonrisa,
Dulce y bella poetisa,
De piedad á mi quebranto.—

Los dos pulsamos la lira
Del vivir en la mañana:
La tuya encanta y admira,
Mas la mia que delira,
Solo hasta, bella Adriana.

Ya que soy tan desgraciado
No aumentes mi desventura,
Y que el pecho entusiasmado,
Del poeta desterrado,
Encuentre en tí su ventura.

Ella puedes poetisa,
Dámela al mirar mis versos,
Si al lucir una sonrisa,
Que arroba, que magnetiza,
Me dices: No son perversos.—

Perdona, pues, que á tu planta
Humille mi triste ofrenda,
Pues tu lira, Adriana, encanta
Cuando poderosa canta
Y me detiene en mi senda.

Y si el triste peregrino
Se atrevió á pulsar la lira
Al mirarte en su camino,
Cual bello arcángel divino
Cuya Citara lo inspira,

Perdónalo, bella Adriana:
Perdona al poeta niño
Que osa llamarte su hermana,
De tu vida en la mañana,
Y que te dá su cariño.

NICOLAS A. GONZÁLEZ.

Lima—1875.

LOS AMORES

DE CRISPULO MOR-DIENTE.

(EPISODIOS DE LA SOLTERÍA.)

A la memoria de R. C.

Aunque el sudario del eterno olvido
Cubra tus alas, corazón doliente,
Tu seráfico amor no se ha perdido:
¡Todo en la eternidad está presente!

FERNANDO VELARDE.

Preámbulo.

DESPUES de la dificultad de desasnarse, invencible en algunos, no conozco otra mayor que la de sacarse del cuerpo (ó del alma, como Uds. quieran) uno de esos fatales y desgraciados amores sin esperanza de correspondencia.

Vanamente el no correspondido amator procura ver ó figurarse al objeto amado en las mas desfavorables condiciones, así de cuerpo como de espíritu.

En vano, y á manera de remedio casero ú empírico, ha recordado tal cual grosera copla del populacho, hecha adrede para corregir amores incurables.

Todo ha sido inútil! La dura doncella, la casta viuda, la incorruptible casada continúa siendo el ídolo de ese corazón maniático por ella. Y aun se cuenta de algunos que habiendo visto ó figurándose al objeto amado en cualquiera de las desfavorables circunstancias á que me he referido, han recibido una nueva y eléctrica descarga en su corazón enfermo; se les ha reforzado el amor.

Desde ese momento los insomnios han sido mas agitados, la exacerbacion mas fuerte, y el recuerdo de lo visto ó imaginado, léjos de haber destruido el afecto, ha venido á reforzarlo, como acabo de decir.

El hombre ha seguido pensando en ella sin interrupcion, desde que abría los ojos por la mañana, hasta que los cerraba al sueño por la noche. El hilo continuo de ese pensamiento mágico no acababa de devanarse jamás en su imaginacion.

I

La Enfermedad.

Allá por los dias no nada distantes en que Don Crispulo Mor-Diente amaba, del modo que queda descrito, era tal su ilusion, tal su entusiasmo, que cada vez que ella, sin darse cuenta, maquinalmente, (ó acaso nó) dejaba pasar por sus labios alguna de las palabras ó frases peculiares á Don Crispulo, ó de su propia invencion, éste se estremecía. ¿Por qué? Porque al sentir las espresiones que llevaban su sello personal, y que habian rozado sus propios labios, rozando los de ella, creía el infeliz. ¿á qué no saben Uds. lo que creía?

Creía

Que era su boca que en la de ella estaba;
¡Creía el infeliz que la besaba!

Con la misma facilidad de imaginacion besaba Don Crispulo la punta de sus dedos, la de su trenza, el ruedo de su traje, y todo el contorno, no solo de sus formas, sino hasta de su vestido.

¿Qué mucho? Don Crispulo creía besar hasta el ambiente circunstante á ella, que restauraba sus sentidos como la brisa agreste de una selva virgen ó de una montaña.

El espíritu de Mor-Diente revolaba inflamado al rededor de ella, y besaba y libaba desde lejos, en el aire, como hace el picaflor con las flores, temblando á la distancia.

¿De qué era mas digno? ¿De lástima ó de envidia? No lo sé; pero indudablemente se hallaba enfermo, y de tal manera, que, como el doliente de Horacio, le habria puesto pleito al médico que lo hubiera curado de su dulce enfermedad.

¡Dichoso él, que en medio del infierno de la vida que le rodeaba, única y exclusivamente atormentada por el espíritu mercantil y por el espíritu político, solo conocia los dulces tormentos de las pasiones!

¡Dichoso él, que, arrastrado al crimen, hubiéralo sido, no por el móvil de vergonzosos intereses, como el que mata por robar ó por medrar en la política; no por pasiones nacionales, que dejarán de interesar mañana, sino por sus pasiones humanas, propias á todos los hombres y á todas las épocas, y por lo mismo eternamente interesantes!

Su historia personal habria sido insignificante para estudiar la de su Nación; mas no para el lector eterno, que busca la historia del hombre.

II.

La Convalecencia.

Cuando momentáneamente se curaba de este fervoroso exclusivismo, cuando el cautivo redimido se sentia libre del enorme peso que lo habia abrumado, ¡qué bien y que á pulmon tendido respiraba al dia siguiente! ¡Cómo se ensanchaban sus miras, circunscritas hasta la víspera al limitado objeto de una sola mujer! ¡Y qué grande imprudencia es converger toda su atencion á una sola y hacer de ella su universo y su todo!

En esos dias de libertad, veía nuestro hombre el sol y la naturaleza con los ojos de un convalesciente restablecido de una larga enfermedad, y, como él, deplorando solo el tiempo perdido en la postracion, se apresuraba á recuperar su asiento en el festin de la vida.

Los risueños y los brillantes objetos de la naturaleza le aparecian entónces como amigos á quienes se vé despues de largo tiempo; sí de largo tiempo; porque en el penoso estado que describimos se ha estado ciego y sordo, se ha estado ausente, para todo lo que no ha sido ella.

Aun en los afectos correspondidos, ¿por qué depositar tanta pasion en una sola persona? Con los bienes del alma hay que proceder como con los del bolsillo, no reunirlos, no colocarlos todos en una sola parte, por temor á una quiebra. El banquero ó capitalista de mas crédito puede quebrar; la criatura mas fiel puede tambien dar un desengaño; ó en el caso mas inocente, quebrar con la muerte. Y ¡ay del iluso que olvidando lo frágil de los créditos, y lo frágil de la existencia humana, puso todos sus fondos en una sola parte! ¡Quedará arruinado!

Repartamos pues, distribuyamos nuestros afectos como nuestros bienes; y en las peores

emergencias, siempre nos quedará tal cual recurso para seguir viviendo esa vida del alma que parece acabársenos para siempre, cuando impensadamente nos vemos privados de aquella en quien la teniamos puesta toda, cuando *quebramos!*

Así pensaba Crispulo, y despues de esparcirse aquí y allí por algunos dias, volvía ¡ay! inquebrantablemente, ó mas bien, *lo traian* á su funesto punto de partida; y él, Mor-Diente, mordedor y mordaz por excelencia, se sentía á su vez mordido y agarrado en el corazon, por unos diáfanos colmillitos, cuasi-caninos, que al descorrerse unos labios colorados, se le aparecian sonriéndole sardónicamente en sus tenebrosas noches, allá en el fondo del aposento, y precisamente cuando él creía cantar victoria como hombre libre.

Dedicábase al mismo tiempo con ardor á la gimnasia y á la aritmética. Con la primera castigaba el cuerpo, corregía la carne, enfrenaba los desmesurados vuelos de su espíritu, haciendo, aunque por medios y con fines mucho ménos santos y místicos, lo propio que los ermitaños, anacoretas ó penitentes, con los cilicios, ayunos y disciplinazos.

A la Aritmética la llamaba su décima Musa y solía invocarla así:

!Oh tú, que *sentimiento* no me pides,
Y que me traes con tu sano auxilio
Las verdades de Arquímedes y Euclides,
Y no el *lacrimae rerum* de Virgilio!

Don Crispulo habia llorado mucho, y abusado del sentimiento, y estaba avaro de él. Había sobre todo, notado con espanto, que el fin y postre de toda velada literaria era... un *sedimento* de pena, un fondo de melancolia que lo traía desazonado todo el dia.

Con la embriaguez de la poesía le pasaba lo que con la de ciertas bebidas; en la que al celestial placer, del *hachis* por ejemplo, sucede una postracion y un apocamiento que desconciela, placer que por lo tanto va á la larga minando el organismo.

Creemos que todos los poetas que acostumbren componer *sintiendo* de veras, y por consiguiente inspirándose en las únicas fuentes de la originalidad, habrán notado con Mor-Diente este *sedimento* de pena, que hace renegar del placer anterior, y que se presenta tan pronto como este último se evapora.

Su *Décima Musa*, lejos de dejarle *sedimento* de pena, se lo dejaba de *apetito*, y aunque cansado y hasta con la cabeza caliente, se levantaba por lo menos del asiento, sano, entero, y no iba á hacer en la vida social un triste papel.

Esta musa benefica no le lastimaba el corazon murmurándole:

*fugit irreparabile tempus
singula dum capti circumvectamur amore.*
y mucho menos:

*non ignara malis,
Miseris succurrere disco.*

Ni le representaba exagerados y deformes, en las soledades de la noche, los mil y un rostros de la ingratitud, del amargo desafecto, del tenaz despego, de la gratuita ofensa, de la ruin y baja envidia, de las cruentas injusticias, del vil fraude, ocupacion favorita de los humanos, de la maledicencia sobre todo: ninguna de las fisonomias cotidianas, que el hombre demasiado sensible é imaginativo repasa por la noche en su pensamiento con las entrañas laceradas.....

III.

Los Viajes.

Viajó despues, no solo al rededor de la tierra, sino al rededor de varias profesiones, buscando consuelo, mas sin *profesarlas*, sin *instituirse* en ninguna, que es lo mejor que puede hacerse para servir á Dios de veras, practicando una profesion con conciencia.

Mas claro: sin recibir sagradas órdenes, fué sacerdote: sin acuartelarse, soldado, sin escuela naval, marino; asi como filósofo cenobita, naturalista, creo que hasta alquimista y mago, y que se yo cuantas cosas más.

No que Mor-Diente, con miras especulativas ó de vanagloria, quisiera abrazarlas todas para hacerse un Don Preciso ó una Enciclopedia viva.

Esencialmente amigo de su prójimo, ó mas bien, curioso de su historia, se complacia en aplicar sus labios en los raudales en que bebieron Griegos, Persas, Egipcios, Romanos y los pacienzudos varones de la Edad Media.

Recorria las profesiones á manera de viajero filántropo, que visita con interés los campos por donde sabe que han transitado plantas humanas.

En los campos de batalla, en el oceano borrascoso, en la soledad nocturna, al frente de una calavera, ó en la del amanecer cavando tranquilamente su fosa como un Trapista [horas en que todo estaba tranquilo, ménos su espíritu] gozaba con la silenciosa inmensidad de su amor sin correspondencia.

Su espíritu escudriñador no tardó además, en descubrir á este sentimiento *manco*, un lado bueno; bueno, se entiende, dado el carácter especial del individuo y su loca magnanimidad.

Don Crispulo tenia tal horror á necesitar de otro hombre, que aun habia logrado enseñar á su cuerpo á no enfermarse, para vivir emancipado del médico. Ningun sacrificio de comida ó bebida le espantaba; un dia entero se habria pasado ayuno por obtener este resultado.

Solo de una golosina no pudo jamás privarse; mas fué por fortuna, de aquella que ni enferma ni mata: *los besos*.

No temia las enfermedades, y ménos la muerte; muy por el contrario, gustaba de las primeras porque durante ellas disfrutaba su espíritu un placer extraño: *hallaba la vida larga*.

Bien pues; enfermo del alma, enamorado sin correspondencia, descubrió que podia prescindir del médico; que podia beber á grandes tragos los goces recónditos del mas entrañable amor, *sólo* y sin la asistencia de *la otra*; remedio verdaderamente heroico, que apuraba con el mas amargo de los placeres.

IV.

El Beso de la muerta.

En tan favorable estado de cosas *quebró* Don Crispulo, lo que se llama *quebró*. Vióla muerta, á ella que era todo su *capital!* ¡Vióla acostada sobre el férretro, con el blanco sudario, tan impasible como en vida; las adelgazadas y ya amarillas manos puestas sobre una

rama de virgínea palma, que acreditaba su triunfo del mundo; una verde corona al rededor de la lindísima cabeza, toda vestida con el hábito de Santa Rosa!

¡Vió lívidos ¡ay! aquellos labios de desesperante pureza, tras de los cuales habian corrido los suyos como los de Tántalo en pos de la corriente fugitiva! Y besando la boca de la muerta con un beso largo, inacabable, y el primero y el último, trató, ya que no de infundirle la vida suya, de impregnarse en la muerte de ella; de helar su sangre y de matar su corazón con el frío cadavérico de ese cuerpo vanamente idolatrado por tantos años.

Desde entónces Don Crispulo llevaba una tumba en el alma. Su muerte su dulce muerte nunca besada en vida, lo acompañaba en todas partes, haciendolo insensible, invulnerable á los mayores contrastes; talisman y escudo contra los tiros del mundo.

Aquel beso helado acabó de resucitarlo á otra vida mas natural y positiva. Renunció para siempre á los amores y dedicóse á contemplar á los hombres y á las mujeres, y las cosas humanas, con una triste sonrisa.

El tiempo, por su parte, activaba la curacion, vertiendo la trigésima quinta gota anual en la copa de su existencia, Mor-Diente quemaba los últimos cartuchos de sus ilusiones, y se batia en retirada hácia la Eternidad.

Y aunque nuestro apasionado Don Crispulo no era de los que se ponian como el poeta italiano Grossi á hilvanar un soneto sobre las poéticas ventajas de los treinta y cinco años, sentia sin embargo el alivio de esta edad.

Léjos, muy léjos de pensar con Grossi, decía sollozando con Manuel del Palacio:

“ No lloro, no, la arruga de mi frente.
Ni me estremece la indiscreta cana;
Lloro los sueños de mi edad temprana,
Lloro la fé que el corazón no siente.”

“ Viendo la ancianidad en el mañana
¡ Cuando aún la juventud está presente !”

¡ Maldita edad razonadora y fría,
En que para morir aún es temprano,
Y para ser dichoso acaso es tarde !”

JUAN DE ARONA.

EL AGUA MANSA.

[L' eau dormante.]

ESCENAS DE LA VIDA MEJICANA, POR

LUCIEN BIART.

(Continuacion)

EN ese momento, Alberto venia á buscar á la criolla que la habia invitado para un valse y ella se alejó muellemente apoyada en el brazo del jóven francés.

—Es verdad—preguntóle de improviso, es verdad que partís mañana por la noche?

—Por quién lo sabeis?

—Por alguien que pretende que no debo creer en vuestras promesas de abnegacion. Alberto iba á replicar.

—Silencio—dijo la criolla—nos escuchan. Al cabo de un instante, tomó de paso el

brazo de su marido y dejó al jóven francés despechado por no haber podido esplicarse.

Amanecia: las señoras se escapaban huyendo de la luz y Doña Lorenza, que habia dado la señal de partida, quiso por un capricho volver á pié á su domicilio. Esperaba, andando lado á lado, una confidencia de su marido respecto al viaje que iba á emprender. El no le habló sinó de los elojios que habia obtenido, la tomó en sus brazos al pasar el rio y se mostró tierno, solícito, y cariñoso.

—Quirina ha mentido—dijose, la criolla,—él me ama, y no piensa en cometer tal felonía.

Durante el dia siguiente Don Luis no se ausentó sinó en la tarde, para recorrer su dominio. Doña Lorenza supo por incidencia que muy temprano habia despachado á Córdoba varios caballos de tiro y una balija.

¡Ah!—esclamó la criolla con dolor—esta mujer quiere que corra sangre entre ella y yo.

Comió con su marido que debia acompañarla por la noche al teatro. A las seis estaba pronta á partir. El sol se ocultaba en un cielo teñido de púrpura, el aire estaba pesado y seco; las aves de rapiña volaban á su nido mas temprano que de costumbre; el lago reflejando como en un espejo las rojas nubes parecia lleno de sangre.

—El viento sur soplará violentamente esta noche—dijo Doña Lorenza—¿No sería mejor quedarnos aquí?

—Piensas, querida mia, dejar tu palco vacío?—díjole Don Luis.

—Estoy triste—replicó la jóven,—sombrios pensamientos me atormentan, me siento amenazada en mi felicidad. Quedémonos, te lo suplico.

Don Luis rechazó suavemente la mano de su mujer. Dos lágrimas brillaron entre las pestañas de la criolla.

—Es esto serio?—díjole él con tierna solicitud.—Sí, el viento del medio dia soplará ciertamente esta noche: lo conozco en la excitacion de tus nervios. Quédate: voy á prevenir que dispongan de tu palco.

—Tan importante es ese cuidado que tú mismo debas encargarte de él? Envía á un criado, vamos, voy á colocarme en el terrado, tú te sentarás á mis pies y conversaremos. Lo quieres?

—Sea—dijo Don Luis—

Pero en vez de sentarse el hacendado, púsose á pasear á lo largo de la sala. De vez en cuando sus ansiosas miradas se volvían hácia el camino de Cordova.

—Se me escapará—díjose la joven y levantándose derepente dió orden de traer su palanquin.

—He querido probarte—dijo con jovialidad,—has cedido, gracias, pero yo sé que la Wilson canta por la última vez, y es preciso oírla; partamos.

Don Luis, sorprendido se volvió hácia su mujer, Esta se envolvió en su chal y la obscuridad impidió á Don Luis ver la espresion de su semblante.

—Bella caprichosa—dijo besándole la mano—partamos, pues que tú lo quieres.

Doña Lorenza estuvo tentada en ese momento, de arrojarle en los brazos de su marido y confiarle sus dolores, sus temores tanto tiempo escondidos; pero sintió que los sollozos la ahogaban, y no quiso llorar.

Don Luis, ciñéndose la espada, que no

dejan nunca las jentes de su raza, montó á caballo; y una hora despues, los dos esposos entraban al teatro.

Desde el momento en que Alberto divisó á la criolla, corrió hácia ella y no se movió de su lado.

Doña Lorenza, ora meditabunda, ora provocante, parecia escuchar con placer las galanterias del jóven francés, que se volvian cada vez mas ardorosas. Cuando espresaba la violencia de su admiracion en términos apasionados. Doña Lorenza, se volvió hácia él, moviendo la cabeza con aire de duda, y mirándolo con aquellos ojos aterciopelados, húmedos, cuya espresion le embriagaba.

—Podria creer en vuestras promesas, Alberto, si no supiese que partís á las tres de la mañana.

—Parto arrojado por vuestra indiferencia, señora. Una palabra vuestra me retendria cerca de vos.

—Jesús! tendrían mis palabras tanto poder?

—Probadlo.

—Teneis un dueño.

—Nadie mas que vos: lo juro. Qué no haría—añadió el jóven diplomático juntando las manos en actitud suplicante—qué no haría por veros á solas y mostraros mi corazón!

—¿No conoceis el camino de mi hacienda?

—Me autorizais, pues, para presentarme allá?

—Sí; ciertamente. Nuestra casa solo está cerrada para los enemigos.

—Cuándo?

Don Luis; se ausentaba en cada acto; Doña Lorenza lo vió en ese momento en la puerta del palco y no retiró su mano que Alberto tenia entre las suyas;—Ah!—dijo levantando la voz—mañana y todos los dias estoy siempre allí: dentro de dos horas por ejemplo meditaré en mi balcon, fumando, segun la fea costumbre que reprochais á mis compatriotas.

Don Luis, no dejó tiempo al jóven para responder; entró bruscamente en el palco al momento en que el telon se alzaba. Con los labios pálidos, los ojos ardientes, el hidalgo miraba á su mujer con dolor y asombro; al francés de una manera siniestra. Cuando bajaron el telon en el último acto, Alberto, muy solícito cubrió con el abrigo las espaldas á Doña Lorenza. Iba á ofrecerle su brazo, cuando Don Luis lo apartó.

—Hasta la vista, señora—dijo el francés, apoyándose sobre estas dos palabras.

—Hasta la vista—respondió la criolla saludándolo con una dulce mirada.—Vienes conmigo?—preguntó á su marido.

—No: la Señora Wilson parte esta noche y tengo que despedirme.

—Y esa despedida será tan larga que no pueda esperarte? Vé allá y vuelve luego. Tengo que hacerte algunas confidencias.

Don Luis pareció vacilar.

—Vete, dijo, no volveré á Santa Rosa hasta mañana.

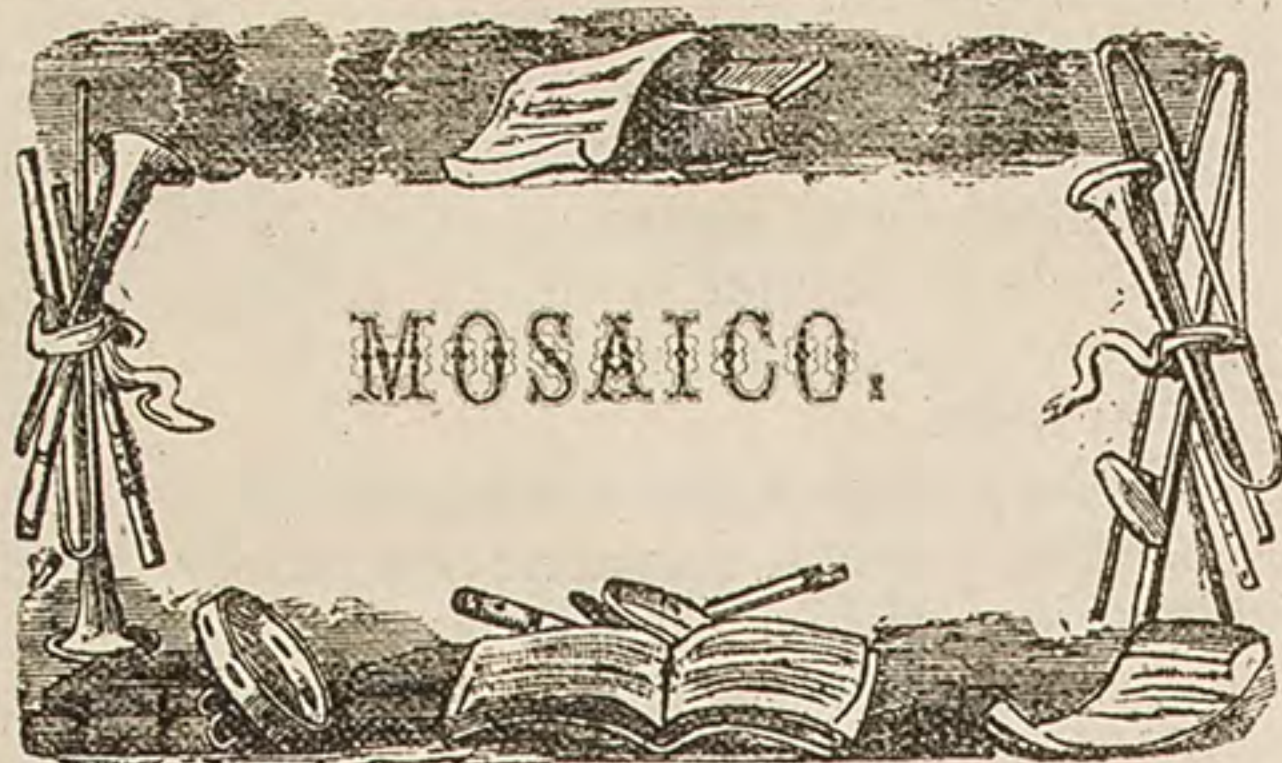
—Hasta la vista, señor—dijo la criolla al adjunto que, habiendo seguido á los esposos los saludaba de nuevo.

Doña Lorenza sintió estremecerse á su marido.—¡Adios! le dijo, subiendo á su palanquin.

Don Luis, mirándola algun tiempo, le respondió—hasta la vista.

ANGELA CARBONEL.

(Concluirá)



CON suma desconfianza principio mi tarea, temiendo, no sin razon, desagradar á las amabilísimas lectoras de este periódico, por el desventajoso cambio que sufre el Mosaico, al ser escrito por mí, que carezco de las dotes necesarias para su desempeño.

La romántica pluma de mi ilustrada amiga Juana Manuela Gorriti, y el elegante estilo de la Señorita Adriana Buendia, formarán indudablemente un contraste, con el lenguaje familiar que acostumbro; con esa excesiva naturalidad que tanto en mi conversacion, como en mis escritos, deja traslucir la injenuidad de mi carácter, muy poco apropiado por cierto para la época que atravesamos; pero del que por muy mal que parezca, jamás he podido correjirme. Así pues, carísimas lectoras, resignaos á encontrar en este Mosaico, solo pensamientos sin gracia y verdades sin belleza.

El carnaval ha sido mas animado que otros años, tal vez, debido á la temperatura ó al buen humor de los habitantes de Lima que acabando de pasar tantos dias de angustia y de zozobra por la ausencia y peligro de los suyos, no pueden menos que hallarse en la reaccion. Muchos acontecimientos: unos terribles y otros curiosos, han tenido lugar en esos dias; pero no es posible saberlos todos, ni menos consignarlos aquí; y aunque ya es tarde para anécdotas carnalescas, no puedo dejar en el tintero dos travesuras de unas alegres limeñitas:

Una de ellas á quien llamaremos Láura, cuya elevada estatura y delgadas formas se prestan perfectamente, para llevar un vestido de caballero, tuvo la idea de disfrazarse en la noche del Domingo para dar una sorpresa á una prima suya.

Hallábase esta en el salon de su casa, delante de un espejo, colocandose artísticamente en el peinado un ramito de jazmines, cuando recibió de un hombre desconocido de la manera mas brusca é inesperada un fuerte abrazo y un estrepitoso beso, que le hicieron dar un alarido. Láura, al ver el mal efecto que producía su chanza, tuvo á bien escapar sin darse á conocer; pero el celoso primo político, informado de lo que pasaba, tomó su sombrero y un revolver y salió en persecucion de tan atrevido galan.

Cuando Láura se apercibió del peligro que la amenazaba, ya por fortuna era muy cerca de su casa donde llegó sin alientos despues de alarmar á los transeuntes y hasta los celadores que principiaron á tocar reunion. Cuando su familia la vió de regreso, estaba pálida y descompuesta, habia botado por la calle sombrero, baston, anteojos, patillas, y cuanto creia que podia estorvarle para su fuga. Traia toda la cabellera sobre la levita y era una caricatura, que despues de pasado el susto, dió que reir á todos los visitantes.

Respecto á su perseguidor, un valde de agua que le arrojaron de un balcon dió por resultado que perdiera de vista á Láura y que regresara á su casa mas desesperado que antes sin saber que interpretacion darle á tan desagradable suceso. El enojo de él y la confu-

cion de ella, duraron hasta la mañana siguiente, en que la madre de Láura se apresuró á devolver la tranquilidad á los reñidos esposos.

Una viudita jóven que solo piensa en divertirse y que cuenta con recursos para hacerlo dirijió una invitacion á una amiga que por soltera, hermosa, y coqueta, le inspiraba temorcillos respecto de un proyecto de matrimonio.

La esquela estaba redactada en estos términos:

“Querida E. . . el Martes recibiré una cuadrilla de máscaras he invitado á varias familias; pienso estrenar el vestido celeste que me llegó ultimamente y que tanto te agradó.

“Si necesitas de mi costurera para confeccionar el tuyo avisame.

“No te agravies por esta oferta pues bien sé que para vestirme, tan elegante, no necesitas de modista.—CELINDA.”

Esto tuvo lugar en la mañana del Domingo y la bella E. . . pasó los tres dias entregada á la costura sin tener lugar para asomarse al balcon á recibir la lluvia de olores con que sus amigos la hubieran obsequiado.

Ya se sabe cuanto aliciente tiene para una jóven esa clase de bailes. Así ella por presentarse del mejor modo posible se privó de todo género de distracciones.

A las nueve de la citada noche, E. . . perfectamente vestida, despues de haber vencido mil dificultades para completar su *toilette* se encontró al apearse del coche con todas las puertas cerradas y supo por el portero que la señora estaba en el campo.

La viudita sólo habia querido burlarse de ella y deshacerse de su amistad que le ofrecia tantas inquietudes.

La cuestion, es árdua. El mismo individuo visita á ambas y les hace la corte: La hermosura de la soltera lo cautiva, el oro de la viuda lo arrebató. ¡El hombre vacila!

Dos ó tres vidrieros se habian comprometido á ver cual ponía mas vidrios en la primera semana de cuaresma, uno mas astuto que los demas, salió con unos cascarones de cera los mas gruesos que pudo encontrar, y agujereó con ellos los balcones, á diestro y siniestro.

Y como el triste vidriero El dia de carnaval, Lleva su figura igual A cualquiera caballero.

Es el caso que las mismas señoritas á quienes finjió mojar, lo llamaban sin conocerlo á remediar los daños que el mismo habia causado.

Cesar Cantú, acaba de publicar en Milan, una obra en tres volúmenes titulada *Italiani illustri retrati*, muy interesante para la historia de Italia.

Consta de las biografias de los poetas, prosistas, literatos, historiadores, científicos, trovadores, guerreros, viajeros, é inventores italianos &.

Las bibliotecas del mundo civilizado se enriquecerán con una obra como la que dejo mencionada.

Se ha establecido en Londres un nuevo colegio de medicina exclusivamente para señoras. Al fin se considera á las mujeres capaces de recibir una educacion científica.

En España despues de proclamado Alfonso XII el duque de Sexto suprimió 12 periódicos: *El Imparcial, El Pueblo, El Correo de Madrid, La Bandera Española, El Cencerro, La Prensa, La Iberia, El Gobierno, La Igualdad, El*

Orden, La Discusion, y La Civilizacion.

Ha muerto en Bélgica de 71 años el escritor CRETINAU JOLY. En 1830 fundó el periódico *La Vendée* y luego dirigió *L'Europe monarchique*. Escribió los *Episodes des guerres de Vendée, L'Histoire des généraux et chefs vendéens*. Era autor de una *Histoire de la Compagnie de Jésus*, de la *Vie du pape Clément XIV*, de la *Vie du cardinal Consalvi*.

En Méjico pronto verá la luz pública un periódico mensual de 32 páginas titulado *El Faro Homeopático*, perteneciente á la Sociedad Médico-Homeopática, de esa republica.

Con el título de *El Universo* se ha principiado á publicar en Lima un periódico quincenal, dirijido por el D. D. Juan Francisco Ortiz. Es digna de recomendarse la aficion que tienen hoy por la literatura, principalmente, la juventud.

Le deseamos larga vida y los mas felices resultados.

La Gaceta Médica de Lima, importante publicacion mensual para esta sociedad cuya falta se hacia notar, ha comenzado á publicarse nuevamente en esta capital.

Sentiré amables lectoras que no quedeis contentas con el Mosaico que os he presentado, por no haber encontrado en él las flores, que mi galante compañerita os ofreció.

Tal vez he quedado deslucida, pero tengo la satisfaccion de haber cumplido un deber de gratitud, y de amistad, así, á la digna directora de este semanario.

Bellas lectoras feliz semana.

MANUELA VILLARAN DE PLASENCIA.

Esperámos de los suscritores á LA ALBORADA, que recibieron con retardo el número de la semana anterior dispensen esta falta que ha consistido en el cambio de repartidores.

CHARADA.

Tanto en mí la letra abunda,
Que una letra es mi primera,
Y otra letra mi segunda,
Y otra que tal mi tercera.

¿Dirás que es larga la sarta
Lectora? Pues vida mía,
Letras te doy todavía
En mi quinta y en mi cuarta

Mi tercia y mi sesta es blanca,
Pero no por eso alegre;
Mi segunda y sesta es negra,
Y el buen humor nos estanca

Primera y tercia es ciudad,
Segunda y tercera es mancha,
Y el que es de conciencia ancha
Lo hace sin dificultad—

Quinta y postrera es un nombre;
En mi cuarta y en mi sexta
Todo viviente se acuesta
Al nacer de mujer y hombre.

Segunda, quinta y final
Es algo que se resbala
Y algo por donde se escala
El objeto principal.

Ahora si he de definir
La propiedad de mi todo,
Mandado de cierto modo,
Entra y se vuelve á salir.

J. DE A.

EMPRESA TIPOGRAFICA,
Calle de Camaná, antes Ayacucho, N.º 128 y 130.